

Ninguna de estas diversas precauciones fué adoptada. No se hizo partir el convoy durante la noche del 19, y no se enviaron al general Clausel más que paisanos, con quienes no debía contarse, y que, si hubieran sido fieles, se expusieran además á ser detenidos. Al día siguiente, 20 de junio, lejos de montar á caballo para reconocer el terreno, ni el rey José ni el mariscal Jourdan se nearon de Vitoria. Atacado se hallaba Jourdan de una calentura violenta, por efecto de la edad, del cansancio y de la pesadumbre. José, que sólo veía por los ojos del mariscal, difirió al día 21 el reconocimiento de los lugares. Se lisonjeaba, y el mariscal Jourdan lo mismo, de que los ingleses aspirarían con su circunspección ordinaria á penetrar por entre los montes para rebasarnos, y no se atreverían á acometernos de frente. Lo único que la enfermedad del mariscal Jourdan no impedía de ningún modo era librarse del convoy embarazoso hasta el punto de no saberse en dónde colocarse, y así fué cosa resuelta que partiera el 20. Con el objeto de no conservar más que la artillería de campaña, se mandó á los ejércitos de Portugal y de Andalucía, que aprontaran todos los tiros que no les fueran indispensables para arrastrar los cañones de grueso calibre al otro lado de los Pirineos. Además, como las bandas se escurrían por entre los menores espacios, dióse á este convoy la división de Maucune por escolta, aun sabiéndose que la división de Foy se encontraba sobre el respaldo de la cordillera entre Salinas y Tolosa. De resultas de esta providencia se hallaba el ejército de Portugal reducido de nuevo á dos divisiones, y todo el ejército á cincuenta y cuatro mil hombres.

Así todas las medidas dictadas el 20 consistieron en hacer salir para Tolosa el convoy que debiera marchar el 19, en situar al general Gazán con el ejército de Andalucía enfrente del desfiladero de la Puebla, al conde de Erlón detrás del general Gazán con el ejército del centro, y después á la espalda hacia la derecha y á lo largo del Zadorra al general Reille con las dos divisiones restantes del ejército de Portugal, á fin de hacer cara al cuerpo giratorio de los ingleses, que se acercaba por el camino de Murguía. A los descuidos cometidos añadióse el de no cortar un solo puente del Zadorra. Entre nuestros diversos cuerpos de infantería se puso nuestra hermosa caballería, que en el terreno ocupado no podía prestar grandes servicios por desgracia, pues la llanura de Vitoria se halla sembrada de canales numerosos, que dondequiera atajan el ímpetu de las tropas de á caballo. Contábamos de nueve á diez mil jinetes, lo cual reducía á cuarenta y tres ó cuarenta y cuatro mil combatientes nuestra infantería, casi la mitad menos que la del enemigo.

De este modo fué empleado, es decir, perdido el día 20. A cada instante lisonjeaba la idea de ver llegar al general Clausel, que se debía esperar por todas razones, pero que nada anunciaba hacia las diversas avenidas por donde era de creer que asomase. El infortunado José hallábase en ansiedad extremada, sin mostrarse más activo por esto, pues entre los hombres cuyo talento no propende á la previsión, la espera produce agitación, mas no actividad.

Aún no había parecido el general Clausel al día siguiente 21, y no cabiendo suponer ocioso al enemigo por largo tiempo, José y Jourdan quisieron reconocer

el terreno para aprestarse allí á la lucha que comprendían estar cercana. Algo aliviado el mariscal Jourdan de su calentura, se esforzó por montar á caballo y fué á reconocer en unión de José la llanura de Vitoria. A la derecha de nuestra posición, y un poco detrás á la falda del monte Arrato, guardaba el general Reille los puentes del Zadorra con las divisiones francesas de Sarrut y Lamartiniere y el resto de una división española. Por ésta se hallaba custodiado el puente de Durana situado en las montañas á la parte de los Pirineos: por la división de Lamartiniere el de Gamarra Mayor, situado en el nacimiento de la llanura; y defendía la división de Sarrut el de Arriaga, completamente en el llano y á la altura de Vitoria. Además de la caballería ligera, se hallaban detrás de estas divisiones muchas de dragones, prontas á caer sobre todo el que pasase el Zadorra. Más valiera cortar los puentes de este riachuelo y defender sus vados con la artillería. Sea como quiera, no podía menos de infundir tranquilidad la presencia de un oficial tan bueno como Reille en este punto.

Yendo adelante en derechura hacia la entrada del llano, á la parte donde desemboca el desfiladero de la Puebla, José y Jourdan preparon á la cumbre de que hemos hablado, la de Zuazo, que cortaba transversalmente la llanura y dominaba la salida del desfiladero. Al punto, con su práctico golpe de vista, conoció el mariscal Jourdan que allí convenía establecer al general Gazán á la cabeza de todo el ejército de Andalucía, y coronar la cumbre de cañones, y colocar después al conde de Erlón á la derecha, junto al Zadorra, para darse la mano con el general Reille y custodiar el paso de Tres Puentes, que desembocaba sobre el flanco de la altura de Zuazo. Esta observación exactísima, hecha el día antes, salvara al ejército francés y probablemente nuestra situación en España. De resultas se enviaron oficiales de estado mayor para transmitir órdenes al general Gazán y hacer que las ejecutara á toda prisa.

Pero ya era sobrado tarde, como que entonces mismo empezaba la batalla. Según se preveía fácilmente, después de habernos acompañado, por decirlo así, hasta los Pirineos, no quiso lord Wellington dejar que transpusiéramos estos montes sin darnos batalla á fin de cruzarlos, si le era posible, detrás de un ejército batido. Con las divisiones de ingleses y con los españoles y portugueses, que formaban su izquierda, dirigió al general Graham sobre el camino de Murguía y por entre los pasos del monte Arrato, para ver de forzar al general Reille junto al Zadorra. Por entre los otros pasos del propio monte encaminó su centro á las órdenes del mariscal Beresford y compuesto de tres divisiones para desembocar asimismo sobre el Zadorra, si bien hacia mitad de la llanura, lo cual les debía conducir al paso de Tres Puentes, de cara al conde de Erlón y sobre el flanco de la cumbre de Zuazo. Finalmente, después de seguirnos por el camino de Miranda, su derecha, compuesta de dos divisiones inglesas á las órdenes del general Hill y de la división española de Morillo, debía penetrar por el desfiladero de la Puebla para salir junto á la misma falda de la citada cumbre. Ya todos estos cuerpos se hallaban en marcha, cuando José y el mariscal Jourdan enviaron al general Gazán la orden de retroceder hasta la altura de Zuazo, desde donde, según hemos dicho, se podía á la vez acribillar á las tropas

que forzaran el desfiladero de la Puebla y á las que cruzaran el Zadorra por el paso de Tres Puentes.

Cuando el ayudante de campo de José, portador de sus órdenes, llegó al lado del general Gazán, ya éste peleaba con los contrarios, y declaró no serle posible ejecutar lo que se le prescribía. José y Jourdan corrieron á aquel punto y muy en breve descubrieron lo que pasaba. A la derecha divisábase las tropas de Beresford, que, después de cruzar las gargantas más próximas del monte Arrato, aspiraban á pasar por Tres Puentes el Zadorra. Delante se veía al general Hill, empeñado en el desfiladero de la Puebla, si bien cautamente, y lanzando á su derecha, sobre las cumbres de la sierra de Andía, á la división española de Morillo, para servir de apoyo á las tropas inglesas, que pretendían forzar el paso.

José y Jourdan ordenaron al general Gazán que enviara á la izquierda la brigada de vanguardia de Maransín sobre las cumbres de la sierra de Andía para desemboscar de allí lo más pronto posible á la división española de Morillo; que apoyara á esta brigada con una división entera, si la necesidad lo requería, y que, luego de recuperadas las alturas, arrollara en el desfiladero de la Puebla á los españoles y continuara por el flanco del general Hill en persecución de ellos. Con las divisiones de Darricau y de Conroux debía el general Gazán obstruir el desfiladero, manteniendo la división de Villatte á la izquierda, y aprestando en fin la división de Leval á la derecha, para observar á las tropas de Beresford, que amenazaban por Tres Puentes al Zadorra. Alineado el conde de Erlón en batalla detrás del general Gazán, debía estar á la mira del propio río, y pronto á caer sobre las tropas que pretendieran pasar por entre el puesto que ocupaba y el que el general Reille defendía.

Apenas expedidas estas órdenes, extendióse el fuego en vasto círculo por la izquierda, el centro y la derecha. Con todo á la espalda, hacia el general Reille, aún no se oía cosa alguna. El general Gazán, á quien se preveno que se desembarazase antes de nada de las alturas de nuestra izquierda, que formaban la extremidad de la sierra de Andía, no hizo acometer bastante concertadamente á los españoles que habían trepado á ellas. Allí envió regimiento tras regimiento, y así no obtuvo ningún resultado. Guarecidos los españoles detrás de rocas y de bosques, y habilísimos en defender los terrenos de esta naturaleza opusieron una resistencia tenaz á nuestros regimientos mal empeñados en la lucha. Viéndose el general Gazán estrechado por el mariscal Jourdan á obrar con mayor energía, destacó primero de su frente una brigada de la división de Conroux, y luego otra de la división de Darricau, para sostener á la vanguardia del general Maransín. Estas dos brigadas, muy bastantes si fueran conducidas en masa y simultáneamente sobre la altura situada á nuestra izquierda, quedaron á media ladera, disparando con desventaja contra los españoles bien apostados, y sin servir de nada á la vanguardia de Maransín que estaba perdiendo mucha gente. Dos horas transcurrieron de este modo sin ventaja decisiva, y muy de sentir era tal retardo, pues si se empleara bien el tiempo, y tras de arrojar á los españoles de las alturas de la sierra de Andía al desfiladero de la Puebla, se acosara allí á los ingleses, que pretendían atravesarlo,

en seguida se podía correr en ayuda del general Reille, que era vigorosamente atacado.

Reiterando el monarca y el mariscal sus providencias, determinóse en fin el general Gazán á llevar la división de Villatte, alineada algo atrás y á la izquierda, contra las alturas tan mal y tan largamente asaltadas. Aquella división trepó con rapidez, y por entre un fuego de arriba abajo de los más mortíferos, las pendientes de la sierra de Andía, y aún así arrolló á los españoles de abajo arriba, y repeliólos hasta los bosques de las cumbres. Pero entretanto, viendo debilitado nuestro frente las divisiones inglesas del general Hill á causa del envío de las dos primeras brigadas del general Darricau, viendo además una aldea importante situada á nuestra izquierda, la de Subijana de Álava, del todo al descubierto por consecuencia de la partida de la división de Villatte, se echaron encima desembocando briosamente del desfiladero, y lograron tomarla de rebato. Desde entonces tenían invadida la llanura, y ya era muy arduo repelerlos. El mariscal Jourdan discurrió lanzar en su contra una de las divisiones del conde de Erlón, colocado de reserva sobre la derecha y á la espalda. Pero, al ver el conde que las tropas de Beresford amenazaban el Zadorra por Tres Puentes, había enviado allí sucesivamente sus dos divisiones. Por tanto ya no quedaba reserva, y para colmo de apuro el fuego, que no había empezado hacia el general Reille sino muy tarde, se dejaba oír violentamente á la parte del seno de la llanura.

Decididos el monarca y el mariscal por este conjunto de circunstancias, ordenaron un movimiento retrógrado sobre la cumbre de Zuazo, desde donde con un gran fuego de artillería era posible detener á los enemigos, que habían invadido la llanura por todas partes, unos hacia nuestra derecha, pasando el Zadorra por Tres Puentes, otros hacia donde teníamos el frente, desembocando del desfiladero de la Puebla, y otros, por último, hacia nuestra izquierda, bajando de las cumbres de la sierra de Andía. Al mismo tiempo el mariscal Jourdan prescribió al general Tirlet, jefe de nuestra artillería, que situara muchas bocas de fuego sobre la altura de Zauzo.

Mejor ejecutadas estas órdenes que las transmitidas al general Gazán, produjeron un resultado que pudiera ser decisivo. Retrocedióse hacia la altura de Zuazo, y el general Tirlet juntó allí cuarenta y cinco bocas de fuego en un abrir y cerrar de ojos. Aguardando á los ingleses, que salían del desfiladero de la Puebla, y á una de las columnas de Beresford, que había forzado por Tres Puentes el paso del Zadorra, les cubrió de metralla y sembró la tierra de cadáveres en pocos instantes. Puestas en desorden al principio, se rehicieron las tropas inglesas, avanzaron al paso y de nuevo fueron repelidas por la metralla. Si en este momento se tuvieran á la mano cuatro ó cinco mil hombres, y se lanzaran sobre las quebrantadas masas de los ingleses, arrollándolas en el desfiladero, se lograra tal vez hacerlas sufrir un sangriento desastre. Por desgracia, en vez de replegarse el general Gazán á la altura transversal de Zuazo, fué á situarse hacia la izquierda y á la mitad de la pendiente de la sierra de Andía, cerca de la división de Villatte, con lo cual dejaba entre sus tropas y las del conde de Erlón un gran claro. Con sus divisiones disputaba el conde lo mejor que estaba á su alcance los pasos del

Zadorra, más arriba y más abajo de Tres Puentes. De este modo sobre la altura decisiva de Zuazo no había más que artillería sin apoyo. Atacado hacia el fondo de la llanura el general Reille en Durana, en Gamarra Mayor y en Arriaga, se defendía muy denodado, y cada vez que le quitaban uno de sus tres puentes, lo volvía á recuperar con sumo arrojo, pero al mismo tiempo anunciaba que muy luego le forzarían los pasos si no se volaba en su ayuda. Avalorando el mariscal Jourdan la situación aquélla, aconsejó á José que ordenara la retirada, único partido que podía abrazar entonces. Se intentó dirigirla sobre el camino real de Bayona por Salinas y Tolosa, á fin de salvar la artillería, pues si había probabilidades de unirse al general Clausel por Salvatierra y Pamplona, en cambio se abrigaba la certidumbre de perder los cañones, á causa del mal estado de los caminos.

Dada la orden de retirada, se puso en ejecución al instante, bien que sin el concierto y la uniformidad que hubieran podido precaver los inconvenientes de un movimiento retrógrado. No viendo el conde de Erlón al general Gazán á su izquierda, y divisando á la caballería inglesa pronta á caer sobre la llanura, trató de buscar apoyo retirándose hacia el Zadorra, y así dejó Vitoria al descubierto. Allá se precipitó la caballería contraria, y produjo una confusión indecible. Aún no estaba fuera todo el convoy, á cuya salvación se había destinado una división entera. Por salir quedaban un parque de artillería de ciento cincuenta bocas de fuego, muchas familias fugitivas, bagajes y soldados de servicio personal enviados en busca de comestibles. La aparición de los dragones ingleses causó un terror pánico de los más vivos sobre estas gentes, que se dieron á la fuga en todas direcciones y lanzando gritos de espanto. Su primer empuje fué hacia el camino real de Bayona y la garganta de Salinas; pero disputando el general Reille con sumo tesón el alto Zadorra, ya perdiendo, ya recuperando su posición, se hallaba lidiando sobre este mismo camino y lo cubría de fuego y sangre. Entonces los fugitivos se arrojaron al de Pamplona por Salvatierra. Conociendo su mal estado el general Tirllet, llegado á Vitoria para ordenar la retirada, previendo que por allí no podría pasar la artillería, y menos con el tropel que iba á formarse, sabiendo además que no escaseaban de material nuestros arsenales de la frontera, y que sólo importaban los tiros, dispuso que se cortaran éstos, y que se salvaran los hombres y los caballos, abandonando los cañones.

Así de resultas del movimiento del general Gazán, y de una especie de instinto de conservación, que impulsó á los fugitivos al camino de Salvatierra, donde no se oía el cañoneo, la retirada, emprendida primeramente hacia Salinas y Bayona, hallóse al cabo enderezada á Pamplona, esto es, á Navarra. Allá se arrastraron todos con cierta especie de furia, dejando un material inmenso en la misma Vitoria.

Desde este instante quedaba el general Reille en una situación peligrosa hasta lo sumo. Se había mantenido firme junto al Zadorra cuanto le fué posible, repeliendo á los españoles y á los ingleses más allá de este riachuelo, siempre que le forzaban uno de los tres puentes cuya custodia tenía á cargo. Pero habiendo visto el movimiento de retirada sobre Salvatierra, determinó á se-

guir el mismo rumbo. Para salir sano y salvo de su situación peligrosa, necesitaba contener por una parte á las tropas enemigas que empezaban á cruzar el Zadorra de frente, y por otra á las que ya desembocaban de Vitoria á su espalda. Muy oportunamente había mantenido de reserva, á alguna distancia de los tres puentes, la brigada de Fririón compuesta del 2.º de ligeros y del 36 de línea y además de muchos regimientos de caballería. Inmediatamente ordenó que se replegaran en buen orden hacia Salvatierra al general Sarrut, que defendía el puente de Arriaga, al general Lamartiniere, que sustentaba el de Gamarra Mayor, y al general Casalpaccia, que guardaba con algunos centenares de hombres del 2.º de línea y con los españoles el de Durana, mientras personalmente venía á las manos con los ingleses procedentes de Vitoria. El general Sarrut fué muerto defendiendo el puente de Arriaga. Le reemplazó el general Menne, que fué asaltado una vez y otra, sin que se rompieran sus filas. El general Lamartiniere opuso una calma y una energía singulares al empuje del enemigo victorioso. Entretanto el general Reille, que se afanaba por cubrirlos á todos hacia la parte de Vitoria, recibió de plano el choque de la caballería inglesa; pero la contuvo con los dragones de Digeón, de Tilly, de Mermet, y logró proteger la retirada de su cuerpo de ejército hasta Betono. Allí había un bosque, y metiéndose por su espesura, le fué dado andar en seguridad parte del camino que conducía al de la capital de Navarra, girando por detrás de Vitoria. A la salida del bosque se descubrió un grueso grupo de caballería en espera. El general Reille hizo que le cargaran el regimiento 3.º de húsares y el 15 de dragones, y acto continuo marchó á toda prisa hacia la aldea de Arbulo. De muerte nos persiguió la caballería enemiga. Con el regimiento 2.º de ligeros y el 36 de línea de la brigada de Fririón, formóse el general Reille delante de la aldea, para dar tiempo á que desfilase el resto de su cuerpo de tropas. Acometido por los numerosos escuadrones ingleses, recibiólos en quadro, y cubrió de cadáveres el terreno. Habiendo ya desfilado todas sus tropas, cruzó la aldea personalmente, y así ganó sano y salvo el camino de Salvatierra, adonde se precipitaban los diversos cuerpos de nuestro ejército y toda la cola del vasto convoy, que tan laboriosamente habíamos llevado de Madrid á Vitoria.

En esta fatal jornada tuvimos alrededor de cinco mil muertos y heridos, y casi fueron iguales las pérdidas de los ingleses; pero entre soldados sueltos, criados y fugitivos dejamos prisioneros de mil quinientos á mil ochocientos hombres: además perdimos doscientas bocas de fuego, no en línea, sino abandonadas á causa de no haber camino para conducir las, cuatrocientas arcas de municiones, é infinito número de carros y de bagajes. Ni aun pudo José salvar su propio coche, que contenía todos sus papeles.

Naturalmente se preguntará dónde estaba ahora el general Clausel con los quince mil hombres que hubiera podido traer á este punto, qué se hacía el general Foy, el cual reforzado por muchas pequeñas guarniciones y por el general Maucune contaba otros quince mil hombres, cuya presencia fuera tan útil en la fatal llanura de Vitoria. Estos treinta mil hombre, unidos á los cincuenta y dos ó cincuenta y cuatro mil del monarca, y

formando la masa enorme de más de ochenta mil soldados, pudieran abrumar y repeler á Portugal á los ingleses. ¡Y qué diferencia entonces, no sólo para las cosas de la Península, sino para las de toda Europa! Ejerciendo los ingleses en Alemania tanta influencia sobre las resoluciones de los coligados, si llegaran á concebir temores por su ejército de España, de seguro facilitarían las negociaciones, hasta satisfacer quizá el mismo orgullo de Napoleón dentro del límite de las concesiones posibles. Pero esta vez, á semejanza de otras muchas, había faltado dirección y no fuerza, ni bizarría, ni adhesión á los soldados de nuestro ejército de España.

El general Foy, separado de José no más que por la montaña de Salinas, ningún aviso recibió de los que le fueron enviados, y ni siquiera supo la presencia del ejército en Vitoria más que por la aparición de Maucune detrás del convoy que iba escoltando. Si este movimiento de la división de Maucune se ordenara dos días antes, se hubiera podido dejar el convoy en lugar seguro, y conducir á Vitoria un refuerzo de diez ó doce mil hombres. Por lo que hace al general Clausel, tan luego como tuvo noticia de la marcha de los ingleses y de la retirada de nuestras tropas, juntó sus divisiones á toda prisa, llegó el 20 de junio á Logroño, trató de adquirir nuevas de José por todas partes, y sólo halló habitantes fugitivos y silenciosos, hasta el extremo de que nadie pudo ó quiso proporcionarle el más leve informe. Sólo encontró agentes británicos que hacían preparar comestibles, y á tenor de muchos vestigios hallados en su marcha, inclinóse á creer que el ejército francés se había trasladado de Miranda á Vitoria. Ya el 21 se determinó á avanzar por Peñacerrada hasta el respaldo de la sierra de Andía, por si lograba alargar la mano á José desde este punto, si bien, recelando con fundamento que entre sus tropas y las del monarca se hallaran los ingleses, sin saber dónde ni con cuántas fuerzas, aproximóse muy cautamente, no vió á ninguno de los paisanos que le fueron dirigidos, y sólo á la caída de la tarde supo que todo el día se habían estado batiendo los franceses y sin resultado venturoso. Anhelante por saber la verdad de fijo á la mañana siguiente, y por incorporarse á toda costa al ejército francés para darle ayuda, se atrevió á trepar á lo alto de la sierra de Andía y á lanzar una ojeada sobre la llanura de Vitoria. Desde la cima vió nuestro inmenso desastre, y separado de José por los ingleses vencedores, sólo hubo de pensar en su salvación propia. Sin turbarse, volvió á ganar las márgenes del Ebro, lo bajó hasta Logroño, y teniendo siempre entre sus tropas y las de José á los ingleses, que nos perseguían hasta Navarra, adoptó una resolución de las más hábiles y más atrevidas que se han concebido en la guerra, engolfándose hacia la ciudad de Zaragoza, adonde le llevaba la razón de salvar á sus soldados, y la no menos poderosa de cubrir las espaldas al mariscal Suchet y de asegurarle su retirada.

Por su parte, José y Jourdan, tras de llegar á Pamplona con un ejército horriblemente descontento de sus caudillos, no desmoralizado á pesar de todo, disminuído solamente en cinco ó seis mil hombres, privado de sus cañones, mas no de sus tiros, aún se hallaban en aptitud de oponer fuerte resistencia á los ingleses, aparte de la resistencia natural que les iban á presentar los Pirineos. José, aconsejado por Jourdan, después de

dejar una guarnición en Pamplona, envió el ejército de Andalucía al valle de San Juan de Pie de Puerto, el del centro al valle de Baztán y el de Portugal al valle del Bidasoa, de manera de cubrir todas las avenidas y de tomarse espacio para rehacer la artillería, y de poner así término á la distribución en tres ejércitos diferentes, que de nuevo acababa de ocasionar tan funestos embarazos. Mientras se ejecutaba esta providencia, ayudado el general Foy por el general Maucune hizo cara con habilidad y denuedo á los ingleses, que aspiraron á bajar de Salinas á Tolosa, y repeliólos á bastante distancia. Se había perdido la España, pero todavía no la frontera, y el imperio, invasor tantos años, aún no estaba invadido, por más que se hallase próximo á estarlo.

Tal fué la campaña de 1813 en España, tan tristemente célebre por el desastre de Vitoria, que señalaba nuestros últimos pasos en esta comarca, donde por espacio de seis años habíamos derramado inútilmente nuestra sangre y la de los españoles. Si se quiere pronunciar desapasionadamente el fallo sobre los sucesos de esta campaña, fácil es descubrir las verdaderas causas del revés definitivo que habíamos experimentado. Hay que buscar la primera esta vez como tantas otras en las mismas órdenes de Napoleón, quien, considerando á España únicamente como una parte accesoria de sus inmensas empresas, no destinaba allí las fuerzas necesarias, ó subordinaba el empleo de ellas á cálculos inaplicables á España é incompatibles con el éxito de las operaciones en su territorio. Aunque reducidas allí este año las fuerzas de resultas del llamamiento de gran número de cuadros, después de la concentración de los ejércitos de Portugal, de Andalucía y del Centro, eran muy bastantes para mantenerse en Castilla, dado que se pudieran juntar ochenta mil hombres contra los ingleses. Pero con la doble idea de conservar las provincias del Norte, que pensaba apropiarse cuando la paz fuera celebrada, y de tener alarmados respecto de Portugal á los ingleses, á fin de apartarlos de toda empresa contra el Mediodía de Francia, sin quererlo produjo Napoleón de nuevo la dispersión de los tres ejércitos desde Salamanca hasta Pamplona, de modo que después de recuperar á consecuencia de nuestra concentración el ascendiente sobre los ingleses, volvíamos á perderlo á causa de la imprudente dispersión de nuestras fuerzas. Esta causa esencial de la jornada de Vitoria no se puede buscar más que en las órdenes de París, dadas por Napoleón á distancia de los lugares, antes de serle conocidos los hechos, y reiteradas por el ministro de la Guerra con una tenacidad sin excusa, cuando los sucesos y las objeciones del mariscal Jourdan habían patentizado su peligro. Después de esta causa hay otra muy antigua y siempre fecunda sobre la Península en desgracias, y es la falta de unidad en el mando, que hizo que ninguna de las administraciones quisiera prestar obediencia, y que en el camino seguido por el ejército no hubiera nada preparado, y que, al retroceder para unirse al general Clausel, fuera necesario replegarse con una precipitación, de la cual provino que la incorporación se presentara más dudosa y más ardua, y que se aumentaran considerablemente las pérdidas por el camino. De esta falta de unidad tenían la culpa Napoleón, que siempre negaba á su hermano la autoridad indispensable, José, que no sabía tomarla, y

los generales, que no se prestaban á suplirla con su sumisión. Después de estas causas, la falta de actividad de José y de Jourdan, indolente el uno, fatigado el otro por la edad y la pesadumbre, contribuyó sobremanera al infortunio de la campaña. Más activos, más prontos en resolverse, pudieran evacuar á Madrid mucho antes y unirse con más anticipación junto á Valladolid ó junto á Burgos. En la misma Vitoria se perdieron dos días, dos días preciosos para la partida del convoy y el despejo del campo de batalla, para la elección del terreno donde se podía disputar al enemigo la entrada de la llanura, para la reunión del general Clause. Según se ha visto, en esta ocasión crítica se hallaba el mariscal Jourdan enfermo y José no pensó en reemplazarle. Por último, las órdenes de detalle, mal ejecutadas por los generales, completaron la serie de faltas y de desventuras, que dieron por fruto la catástrofe final de Vitoria. Y es el caso que, debiéndose Napoleón echar encima la mayor parte de estos resultados funestos, pues con un genio tan profundo, con un conocimiento tan cabal de las cosas, con un poder tan acatado, era más capaz que otro alguno de precaverlo y remediarlo todo, culpó á todo el mundo en vez de culparse á sí propio, y de culpar á José y Jourdan más bien que á nadie.

No habiendo podido seguir los sucesos de España en ninguno de sus pormenores, absorbido como estaba por la guerra de Sajonia que dirigía personalmente, creyendo sobre esta materia cuanto le escribía el ministro Clarke, que, al par que enviaba á José las cartas más afectuosas, hacía llegar á Dresde las relaciones más desfavorables, tenía Napoleón un doble motivo de enojo en los resultados, que no podían menos de ser funestos, y en las faltas, que sublevaban su gran seso militar por lo evidentes. Los resultados eran la España perdida; la frontera del Mediodía amenazada, el medio más poderoso de negociar con Inglaterra anulado, puesto que en el actual estado de las cosas ya nada significaba la cesión de España; nuevos sacrificios que habría que añadir á los solicitados por Austria, y de consiguiente la paz más difícil que nunca, y, en fin, una nueva confianza, una nueva exaltación infundidas á cuantos juzgaban llegada la hora de abrumar á la Francia.

Las faltas eran, además de las antedichas, y sobre las cuales no cabía la menor duda, todas las que el ministro Clarke achacaba gratuitamente al desdichado José, y al más desdichado Jourdan, su jefe de estado mayor. Con efecto, el ministro de la Guerra no dijo que las órdenes de Napoleón, enderezadas á destruir á las bandas y á amenazar á Portugal, órdenes reiteradas por las oficinas de París deplorablemente, fueron señaladas por Jourdan como origen inevitable de ruina; que la resistencia de las administraciones de cada ejército al ordenador en jefe se denunció también como otro inconveniente grave que impediría que se hallara preparada cosa alguna al volver á las operaciones. Nada expuso tampoco el ministro sobre ascender á cerca de cien mil los ingleses, y los franceses á cincuenta mil á lo sumo: antes bien presentaba cálculos que apenas hubieran acogido las gacetas peor informadas. No contaba en el ejército de lord Vellington más que á los ingleses, los regulaba en cuarenta ó cuarenta y cinco mil hombres, prescindía de los portugueses ya casi iguales á los ingleses, y de los españoles, excelentes en las montañas, y

contaba al ejército francés, no la fuerza que tenía sobre el campo de batalla, sino la que pudiera tener si las órdenes de París no le hubieran dispersado, y le suponía de ochenta á noventa mil hombres contra cuarenta y cinco mil enemigos. Y es la verdad que, después del desastre de Vitoria, tuvo valor para escribir á José que debía contar noventa mil soldados para oponer á cuarenta y cinco mil ingleses, y que causaba extrañeza que con tal superioridad de fuerza numérica le hubiesen batido. Este hecho solo basta á dar idea de lo que pasaría al mismo lado de Napoleón, cuando no miraba con sus propios ojos, y dejaba que le informasen ministros cortesanos, no diciéndole más que lo que halagaba sus oídos.

Se comprende que Napoleón se irritara en grado sumo, al considerar por una parte los resultados, y por otra las faltas verdaderas y las imaginarias imputadas á José y al mariscal Jourdan, que ya le desagradaban sobremanera, y que tenía á su lado un acusador temible en el mariscal Soult, á la sazón en Dresde. De un modo sucinto supo los sucesos de España en el instante de partir de la capital de Sajonia, para ejecutar las correrías militares de que hemos hablado. Sucesivamente se enteró en Torgau, en Wittenberg, en Magdeburgo, del pormenor de lo ocurrido, siempre por los partes del ministro Clarke. Así su arrebato rayó en el más alto punto, ofreciéndole una ocasión de desencadenarse contra José y sus hermanos todos. Se le vinieron á la memoria la abdicación del rey Luis, la defección inminente de Murat que se anunciaba ya harto á las claras, el escándalo dado por el rey Jerónimo al abandonar el año anterior al ejército, y tales recuerdos le acarrearón las palabras más amargas. Realmente era llegada la hora de echar de ver cuán enorme falta había cometido al querer derrocar todas las dinastías, á fin de substituirles la suya. Pero la justicia obliga á reconocer que su ambición propia, mucho más que la de sus hermanos, contribuyó á esta política desordenada, y que después de darles tronos ó ejércitos que estuvieran bajo su mando, nada omitió para hacer su tarea más ardua que lo era de suyo. Con efecto, exigió de ellos una abnegación de los intereses de sus subordinados, un talento de hacerlo todo con nada ó casi con nada, que era inhumano reclamar por su parte, y que debía producir más de un escándalo de familia, como la abdicación del rey de Holanda. Con especialidad respecto de José, después de sacarle de Nápoles, donde desempeñaba una tarea adecuada á su carácter y á su talento, donde hacía venturoso á un pequeño pueblo y lo era él asimismo, trasladóle Napoleón á España casi sin consultarle, y le lanzó á una guerra espantosa; tras de ayudarle un instante con todas sus fuerzas, en medio de las atenciones de la guerra de Austria en 1809, de la de Rusia en 1812, le dejó sin socorros, sin dinero, expuesto al odio de sus súbditos, á la desobediencia y aun á veces á la arrogancia de sus generales, no quiso dar oídos á ninguno de sus pareceres, casi todos justificados por los sucesos, y por toda respuesta no cesó de hacer burla de sus pretensiones militares y de sus costumbres, burla que de la corte francesa resonó en la corte española, y contribuyó no poco al descrédito de la nueva dinastía. Y, sin embargo, Napoleón amaba á su familia; pero, echado á perder por una autoridad sin freno, no hacía más caso

de sus hermanos que de las naciones, y disponía de uno y de otras como de instrumentos inanimados, hasta el momento en que debía encontrar rebeladas á las naciones y casi en estado de defección á sus hermanos.

A José le trató de una manera extremadamente rigurosa. «Harto tiempo he comprometido por imbéciles mis negocios,» escribió al archicanciller Cambaceres, al ministro de la Guerra y al ministro de Policía, y después de este preámbulo dió respecto de José las órdenes más severas y más humillantes. Ante todo para reemplazarlo en España hizo la elección que le podía ser de mayor desagrado, la de Soult, que á la sazón se hallaba en Dresde. Napoleón confirió á este mariscal el título de su lugarteniente en España, con poderes extraordinarios; le ordenó que partiera sin tardanza, que no se detuviera en París más de doce horas, que sólo viera allí al archicanciller Cambaceres y al ministro de la Guerra, y que marchara en seguida á Bayona para juntar allí el ejército y resistir á los ingleses. Nada más natural hasta ahora. Pero intimó á José que dejara la España al punto, que no se presentara en París de ningún modo, que se retirara á Morfontaine, que se encerrara en este retiro, y no recibiera á persona alguna; encargando al príncipe Cambaceres que prohibiera á todos los altos funcionarios ir á visitarle, como si de su parte se pudieran temer estos movimientos generosos; y á tales intimaciones añadió la de que se le aprisionara, si sus órdenes eran infringidas. Desconfiado respecto de los hombres desde que tuvo que serlo respecto de la fortuna, por dondequiera veía tramas próximas á urdirse contra la regencia de su esposa y contra la autoridad de su hijo. Por estas causas no quiso dejar en París al mariscal Soult ni al duque de Otranto, y bajo diferentes pretextos no tenía sin empleo en la capital de Sajonia. José descontento en París y rodeado de descontentos, disputando quizá alguna vez la regencia á María Luisa, tales fueron las siniestras imágenes que cruzaron por su mente irritada y le dictaron la orden inútil de prender á su propio hermano. Ciertamente, si José fuera capaz de estos negros proyectos, comenzara por desobedecer en España, y de este modo le fuera más útil, según todas las probabilidades, que obedeciendo servilmente órdenes dadas desde muy lejos y bajo el imperio de fatales distracciones. A menudo el simple buen sentido á la vista de los lugares, y aplicado de una manera exclusiva á su objeto, vale más que el genio ausente y distraído por empresas exorbitantes.

Si los acontecimientos de España, que iban á hacer á los enemigos de Napoleón más exigentes, le transformaran en más conciliador y razonable, se pudiera decir que de una enorme desdicha emanaba una gran ventura; pero no fué así de ningún modo. Después de visitar á Torgau, á Wittenberg, á Magdeburgo, después de pasar revista á los cuerpos de tropas cuya inspección se propuso, y de ordenar las obras que había proyectado junto al Elba, regresó Napoleón á Dresde para continuar el juego terrible de perder tiempo, y de llegar al término del armisticio sin explicarse acerca de las condiciones de la paz, y de alcanzar de esta suerte una nueva suspensión de armas fingiendo negociar formalmente á última hora. Prusia y Rusia habían elegido sus plenipotenciarios y los enviaron á Praga, adonde llegaron el 11 de julio, y por consiguiente un día antes del

término señalado para la reunión del congreso. Ninguna de estas dos potencias hizo las elecciones brillantes que se esperaron al principio. Creyóse que Prusia designaría al canciller Hardenberg y Rusia á Mr. de Nesselrode; pero, por sugestión de Inglaterra, evitaron una y otra dar demasiado brillo á este congreso, y quisieron aparecer llevadas allí y dirigidas por el Austria, no haciendo figurar ningún personaje que igualara á Mr. de Metternich. Prusia eligió á Mr. de Humboldt, nombre ilustre ya en la ciencia, si bien escasamente conocido aún en la política, siendo este plenipotenciario de Prusia hermano del sabio que es una de las glorias del siglo. Rusia eligió á Mr. de Anstett, alsaciano y francés por consiguiente, individuo de una familia de emigrados, hombre de algún talento, de consideración no grande, y de sentimientos muy hostiles á Francia.

Aun cuando esta última elección se resintiese de harto desagradable, como en el fondo la intención era dejar que Mr. de Metternich lo hiciese todo, sólo había que atender á éste, sin hacer caso de los colaboradores que le fueron agregados. Apenas llegados á Praga estos dos negociadores comunicaron al mediador sus poderes, y se lamentaron del poco miramiento que se les tenía al hacerles estar en espera, y hasta sin anunciar el día de la llegada de los plenipotenciarios franceses. Aún no se había dicho nada el 15 de julio, y Mr. de Narbonne, vuelto como embajador á Praga, designado además como uno de los que debían ser plenipotenciarios, no sabía qué lenguaje usar, ni qué actitud tener, á causa de no recibir poderes ni instrucciones. A todas las manifestaciones de Mr. de Metternich, transmitidas á Dresde, respondió Mr. de Basano que la culpa era del gabinete austriaco, pues había dejado partir á Napoleón hacia Magdeburgo sin comunicar oficialmente la ratificación del nuevo convenio sobre la prórroga del armisticio hasta el 16 de agosto. A este cargo replicó Mr. de Metternich que, habiendo dado á conocer la ratificación aquélla oficiosamente, bien se pudo nombrar los plenipotenciarios, mientras la comunicación oficial llegaba, y hacerlos poner en camino, con lo cual se cumplirían al menos los deberes de cortesía á que los grandes Estados se hallan obligados unos respecto de otros, lo mismo que los individuos. Mr. de Basano lo volvió á cargar todo sobre Mr. de Metternich, prescindiendo absolutamente de su respuesta.

De vuelta estuvo Napoleón en Dresde el 15 de julio, tras un viaje de cinco días, y habiendo recibido al fin la ratificación del nuevo convenio por Austria, Prusia y Rusia, no podía dilatar el nombramiento de sus plenipotenciarios. Así encargó á MM. de Narbonne y de Caulaincourt que le representaran en el congreso de Praga. Imposible era elegir hombres más sensatos, de más luces, ni animados por sentimientos más nobles. Al nombrar á Mr. de Caulaincourt alimentaba siempre Napoleón la secreta esperanza de una avenencia directa con Rusia, y de un tratado de paz, que sacrificando á Alemania en provecho de los dos grandes imperios de Oriente y de Occidente, satisficiera á la vez á Rusia y á Francia; triste paz, acaso conveniente al amor propio de Napoleón, si bien de ningún modo á los verdaderos intereses de su imperio. Aun cuando esto fuera poco probable, á juzgar sólo por la elección de Mr. de Anstett para representar á Rusia, Napoleón no desesperaba del